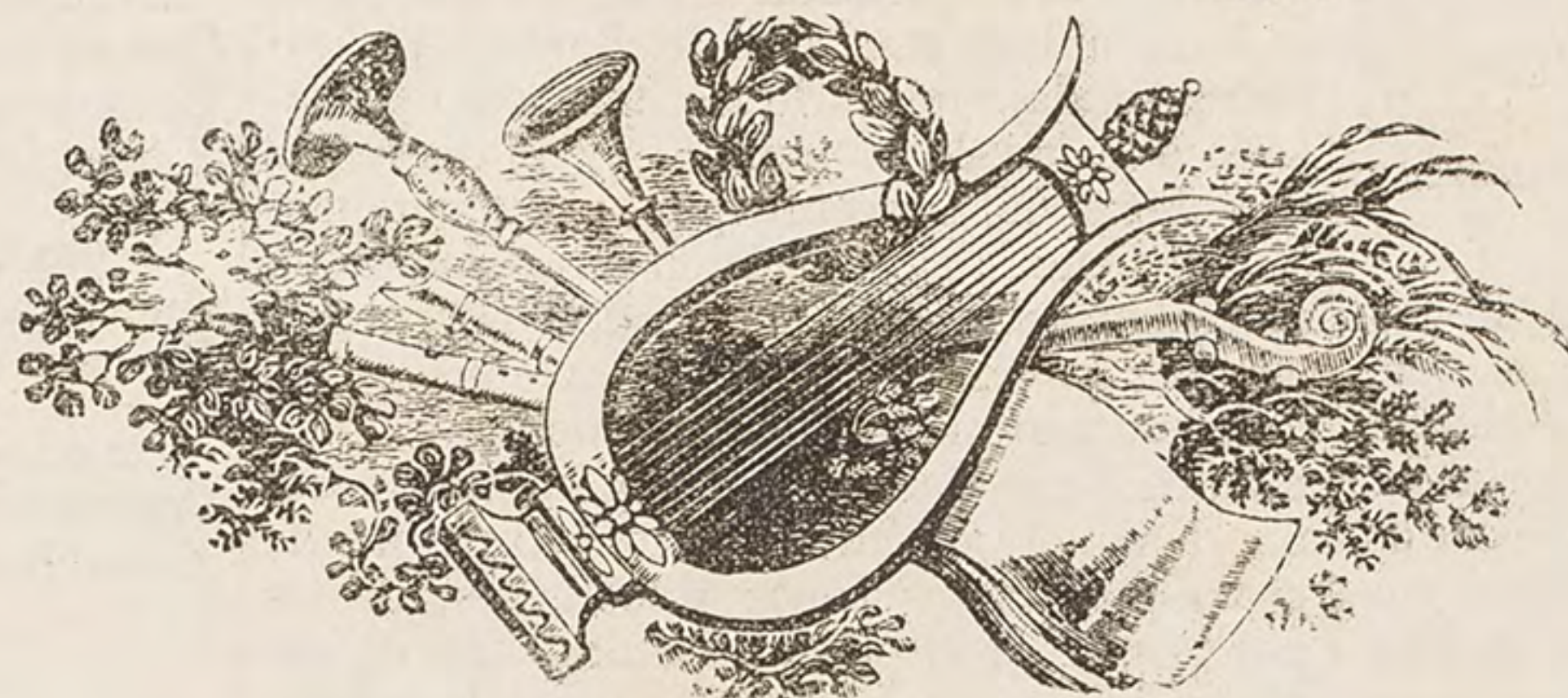


L A B O R A T O R I O
 DE LAS FAMILIAS
 SEMANARIO



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sábado 30 de Enero de 1873.

Núm. 16.

SUMARIO.

La Direccion.—Club Literario, discurso de Ricardo Rossel.—Una buena y otra Mala poesias por la Sra. Manuela Villaran de Plasencia.—El Autógrafo Americano, pensamientos por la Señora Juana Manso.—La Rosa y el Clavel poesia por la Señorita Leonor Saury.—Una aventura del Virey-poeta, Tradicion por Ricardo Palma.—Mi Esperanza, poesia por la Señorita Adriana Buendia.—Versos Inéditos, poesia del D. D. Mateo Paz-Soldan.—Los Incurables por Paulino Fuentes Castro.—A la Señorita Adriana Buendia, poesia por Constantino Carrasco.—Al Sr. D. D. José Maria Macedo, poesia por Acisclo Villaran.—El agua Mansa, Traducccion por la Señorita Anjela Carbonel.—¡Por Incauta! poesia por M. N. Valcárcel.—La Musa de mis cantos, poesia por Teobaldo Corpancho.—Mosaico por la Sra. Juana Manuela Gorriti.—Soluciones—Charada.—Permanente.

LA DIRECCION.

En la necesidad de emprender un viaje la directora de este semanario tiene el honor de asegurar á sus suscriptores que esa momentánea ausencia no menoscabará en manera alguna las ventajosas condiciones que él ha alcanzado hasta hoy por el valioso apoyo de sus distinguidos colaboradores; quienes á porfia le ofrecen derramar en sus afortunadas pájinas las flores de su ingenio.

CLUB LITERARIO.

Discurso del S. D. Ricardo Rossel en la inauguracion de los trabajos de la Seccion de Literatura.

SEÑORES:

HÁBEME la honra de inaugurar los trabajos de la Seccion de Literatura en el presente año.

Al hacerlo, debo manifestaros que, por lo mismo que considero inmerecida la alta distincion que me habeis dispensado, me hallo obligado por ella, sintiendome animado por la mas decidida resolucion de consagrar mis esfuerzos é inteligencia, á la consecucion del propósito que aquí nos congrega.

Me lisonjea, por otra parte, la esperanza de que vosotros, consecuentes con el amor á las letras, noble y precioso vínculo que nos une, trabajareis con eficaz perseverancia, á fin de que sea fecundo en resultados prácticos el año literario que principia. Asi probarémos, una vez mas, que si la época en que vivimos es tan prosaica y positiva como poco literaria, no es menos cierto que, hoy mas que nunca, tiene el amante de las letras inagotable fuente donde beber su inspiracion y altísimo asunto qué cantar.

A recordar esta verdad en ocasion tan oportuna se encaminan las palabras que voy á dirijiros, trazando un ligero bosquejo de lo que es la literatura y lo que debe ser el literato en esta época.

Es indisputable que el último cuarto de

siglo ha sido para la literatura y las bellas artes un período sinó de decadencia á lo menos de reposo. Ninguna de esas obras inmortales como el génio que las produce, ha venido á conmovier el mundo artístico ó literario.

El romántico acento de Child Harold se apagó en las playas de la nacion que fué cuna de las letras, y su eco vibra aun solitario, sin que otra voz digna de acompañarlo se haya levantado; la inspirada poesia del desordenado Cantor del Diablo Mundo vaga huérfana y silenciosa, y nadie se ha atrevido á descolgar la lira que pende del cipres que sombrea la tumba del autor de Jocelyn.

En América, las sombras venerables de Olmedo, Bello, Pardo y pocos mas, se destacan sobre el vasto campo de nuestra literatura, como grupo de magestuosas palmeras en el desierto, donde crece apenas una que otra planta mustia y humilde.

Por lo que respecta á bellas artes la pobreza es aún mayor. Desde que la luz, que antes nos servia para admirar las obras del pintor, pinta ella misma por medio de los milagros de la cámara oscura, los pinceles han caido de la mano del artista vencido por la ciencia y la naturaleza. La escultura y la arquitectura poco tienen qué hacer, á lo menos en trabajos de alta inspiracion y delicado arte, desde que en lugar de la grandiosa catedral gótica y el suntuoso palacio del noble señor, hoy se construye la modesta escuela municipal, y la fábrica donde la industria transforma como por encanto la materia, bajo la mágica accion de la química y la mecánica modernas. En el

arte sublime de Mozart y Rossini nada sobresaliente hemos escuchado en los últimos veinte años, si se exceptúan algunas producciones del fecundo autor del Baile de máscaras y la Fuerza del destino.

No debemos, pues, estrañar en vista de este compendiado cuadro que, así como se cubre de maleza el feraz terreno no cultivado, haya invadido el campo de las letras y bellas artes, multitud de medianías, y que se encuentre al lado de poco digno de estimación, mucho malo; siendo sí sensible, que los escasos autores notables hayan por lo general, seguido el peor camino, corrompiendo el buen gusto y la sana moral. Así se explica que en el hogar ocupe el sitio del buen libro la licenciosa novela de Paul de Kock, y que en el teatro el público aplauda con frenesí el dramá inmoral de Dumas y la sensual música de Offenbach.

¿Será, sin embargo, lógico acusar de retrógrada y decadente la época en que vivimos, solo por este síntoma desconsolador? ¿Debemos hacer coro á las desautorizadas voces de unos cuantos espíritus apocados, que créen herida de muerte la sociedad moderna, y suspiran por las gastadas instituciones, que hundidas un día en mares de sangre, son maldecidas por la historia y la conciencia?

No, de ninguna manera.

La humanidad en su marcha constante é indefinida hácia la perfección que se llama progreso, no se detiene jamás. Es su camino semejante á esas atrevidas líneas ferreas que vemos en nuestro territorio, y que ante la inaccesible montaña que cierra la vía, retroceden salvando la eminencia, y ganando en altura lo que pierden en sentido recto. Ella, así, abandona algunas veces la trillada senda, para alcanzar por otra escabrosa y difícil la solución de los importantísimos problemas que se oponen á su adelanto.

En efecto ¿Que espíritu que siga con despreocupada y atenta mirada los acontecimientos que se desenvuelven hoy en el mundo con vertiginosa rapidez, no adivina la causa que los produce? ¿Que persona medianamente ilustrada no comprende, que la humanidad atraviesa uno de esos períodos de transición en los cuales, como en otras épocas históricas, siente estrechas para sus aspiraciones las instituciones políticas sociales y religiosas que la han regido, y como la crisálida trasformada lucha por romper la cárcel que detiene su vuelo?

Los asombrosos descubrimientos fruto de los profundos estudios que se ha hecho de las ciencias naturales en estos últimos tiempos, y que han desplegado un vasto y nuevo horizonte ante la inteligencia, han tenido no pequeña parte en este resultado. Las ciencias morales han seguido por su parte el movimiento impreso por sus hermanas, y han debido consignar las conquistas que cada día ha hecho la razón y las doctrinas y derechos de ellas deducidos.

Hacer prácticos estos, desarraigando las preocupaciones que se oponen á toda reforma; proscribir los erróneos principios, las nebulosas creencias, las añejas y perniciosas costumbres, remplazándolas con otras mas en armonía con los conocimientos científicos: he ahí la obra de la sociedad moder-

na, y la causa de ese titánico movimiento político, social y religioso que conmueve á la presente generación.

La época en que vivimos es, pues, esencialmente práctica, la gravedad de las cuestiones que se ventilan embarga los espíritus, y en medio de esa turbulencia y agitación general, que es consiguiente á los períodos de lucha, se ha echado en olvido que las letras tienen su puesto y muy importante en el combate.

Sí, el literato tiene en semejantes circunstancias altísimo ministerio que desempeñar. El debe alumbrar con el fuego sagrado de la inspiración el camino que sigue la humanidad; sembrar de flores su escabrosa senda; mostrarle los horrores del pasado á la luz de la historia, y pintarle las grandezas del porvenir que anhela conquistar; él tiene la santa misión de animarla en su trabajosa marcha, cantando sus proezas, coronando sus triunfos. Para conseguirlo cuenta como ningún otro con poderosos elementos: tiene desde la prensa hasta la escena, desde el periódico hasta el libro; puede usar de todos los tonos y todas las formas para espresar el pensamiento: desde el sublime lirismo de Lamartine hasta la robusta estrofa de Quintana; desde la amarga filosofía de Schackespeare hasta la hirviente sátira de Voltaire; desde la novela social de Balzac hasta la festiva letrilla de Breton.

Lejos, pues, de desalentarse en vista de lo prosáico de estos tiempos tan poco literarios, todo aquel que animado por el amor de lo verdadero y lo bello quiera alzar su voz, tiene grandioso asunto que cantar.

Desgraciadamente entre nosotros se encuentran en fatal consorcio las mas felices disposiciones intelectuales y la mas perezosa indolencia, causa única por la que vejeta nuestra literatura en la mayor pobreza. Tres ó cuatro nombres merecidamente afamados lejos de desmentir confirman mi aserto.

Nuestra juventud, ya colabore en las columnas del periodismo ó trabaje en la oficina de un ministerio; ora se pierda en el laberinto de la política ó se consagre á las áridas ocupaciones del foro; rarisimas veces dedica sus ratos de ocio á las nobles y consoladoras tareas literarias, y menos aun lo hace, estudiando los grandes maestros é inspirándose en los buenos modelos.

Los que aquí reunidos sin pretensiones académicas tratamos de dar vida á esta naciente asociación, debemos persuadirnos de que si nuestros nombres son humildes, altísimo es el propósito que perseguimos.

Estamos destinados á cerrar el vergonzoso paréntesis que permanece abierto en nuestros anales literarios, y á iniciar un movimiento saludable en la presente generación hacia el cultivo de las letras. No desmayemos considerando nuestra pequeñez; acordémonos, mas bien, de que todas las instituciones que hoy dominan el mundo, han tenido por origen un grupo poco numeroso de individuos resueltos y perseverantes.

Trabajemos con fé, así, á lo menos, conquistaremos la gloria de haber mantenido vivo en nuestra patria el fuego sagrado que anima á los que créen que hay un mundo

para el pensamiento, ya que no nos sea dado encender en él, la antorcha que ilumine, quizas, el nombre de alguno en el remoto porvenir con los resplandores de la inmortalidad.

UNA BUENA.

(SONETO.)

Cierto es que la mujer gobierna el mundo
Mientras domina al hombre que la adora,
El que goza en llamarla su Señora
Y el que siente por ella amor profundo.

Pero el tiempo implacable, tremebundo
Con su acción lenta, y siempre destructora
El amor mata, la ilusión devora
Y todo lo convierte en lodo inmundo,

Y esa que fué Señora, la sultana,
Que formaba del hombre el embeleso
En cuyo amor creyó con fé sencilla,

Se encuentra de la noche á la mañana
Convertida por él en seco hueso
Y ese fragmento humano es... su costilla.

Y OTRA MALA.

(SONETO.)

Llamado el hombre es á gozar del mundo
Y á enaltecer á la mujer que adora
De la nada, tal vez, á gran Señora
La torna á ser aquel amor profundo.

El tiempo se le ofrece tremebundo
Por que ella es dominante y destructora;
A él lo agobia el trabajo y lo devora
Verse humillado como el polvo inmundo.

Ya aquella no es Señora, es la sultana,
Que en abatirlo encuentra su embeleso
Haciendo alarde de su fé sencilla.

Y el pobre de la noche á la mañana
Se halla risible y descarnado hueso
Que así lo ha puesto su desleal costilla.

MANUELA VILLARÁN DE PLASENCIA.

EL AUTOGRAFO AMERICANO.

REPUBLICA ARGENTINA.

PENSAMIENTOS.

República, significa: orden en la libertad.

Democracia, significa: confusión de rangos y tiranía de círculo.

—La verdadera gloria en este mundo es cumplir cada cual con su deber; y la única felicidad durable, es la paz de Dios en el corazón.

—La conciencia humana, es un espejo, á donde se reflejan los pensamientos, las intenciones, los impulsos como las acciones, buenas ó malas, deformes ó armoniosas; por eso debe educarse temprano el sentido moral, para que en la vida ulterior retroceda el delincuente ante la torpe imagen del pecado, y se deleite el justo ante la pureza de la propia conciencia que le compensa todas las injusticias de este mundo.

—Hoy, es la vida: mañana, es la Eternidad.

JUANA MANSO.

Buenos-Aires, Setiembre de 1874.

LA ROSA Y EL CLAVEL.

A MI AMIGA CAROLINA MOREL DE BLANCO.

Nació sobre su tallo fraganciosa,
De enredaderas mil bajo un docel,
Una purísima encarnada rosa
Y á sus plantas también nació un clavel.

Las perlas del rocío se posaban
Tranquilas en sus cálices de amor,
Y envidiosas las auras suspiraban
Adulando al pasar á cada flor.

De las aves el trino cadencioso,
Del viento el delicado murmurar,
La armonía, la luz, lo misterioso
Hacían un edén de aquel lugar.

Proclamada la reina entre las flores
Se ostentaba la rosa en el vergel,
Y vivía feliz, con los amores
De su adorado sin rival clavel.

El la ofrecía con pasión ardiente
De sus pétalos rojos el color,
Y el exquisito perfumado ambiente
Que guardaba en su cáliz con amor.

Y la rosa que púdica y lozana
Correspondía fina á esa pasión,
Sentía con la espléndida mañana
En fuego germinar su corazón.

La corola de púrpura inclinaba
Por llegar á los labios del galán,
Y por más que en lograrlo se empeñaba
Su alto tallo burlaba aquel afán.

El clavel que en amor se consumía
Intentaba las ramas escalar,
Mas su estatura no le permitía
A la rosa purísima alcanzar.

Muchas horas así se sucedieron
En ese bello encantador pensil,
Y como un sueño del Edén huyeron
Los venturosos días del Abril.

Cuando un rudo aquilon desapiado
El tallo de la rosa fué á tronchar,
Y al instante el clavel enamorado
A ella sus labios consiguió juntar.

Apasionado, con delirio, ardiente
Un beso en la pradera resonó,
Y de la rosa la lozana frente
A su calor fatal se marchitó.

Débiles ya sus pétalos fragantes
Cayeron con el último arrebol
Y sin piedad, al fin, los dos amantes
Murieron abrazados por el sol.

LEONOR SAURY.

UNA AVENTURA DEL VIREY-POETA.

(TRADICION.)

I.

EL bando de los *vicuñas*, llamado así por el sombrero que usaban sus afiliados, llevaba la peor parte en la guerra civil de Potosí. Los vascongados dominaban por el momento; porque el correjidor de la imperial villa Don Rafael Ortiz de Sotomayor les era completamente adicto.

Los vascongados se habían adueñado de Potosí; pues ejercían los principales

cargos públicos. De los veinticuatro ó rejidores del Cabildo la mitad eran vascongados y aun los dos alcaldes ordinarios pertenecían á esa nacionalidad, no embargante expresa prohibición de una real pragmática. Los criollos, castellanos y andaluces formaron alianza para destruir, ó equilibrar por lo menos, el predominio de aquellos, y tal fué el origen de la lucha que durante muchos años ensangrentara esa region y á la que, el siempre victorioso general de los vicuñas, Don Francisco Castillo puso término, en 1624, casando á su hija Doña Eugenia con Don Pedro de Oyanume, uno de los principales vascongados.

En 1617, el virey príncipe de Esquilache, escribió á Ortiz de Sotomayor una larga carta sobre puntos de gobierno, en la cual carta se leía lo siguiente:—"E catad, mi buen don Rafael, que los bandos potosinos trascienden á rebeldía que es un pasmo y venida es la hora del rigor extremo y de dar remate á ellos, que toda blandura resultaría en deservicio de Su Magestad, en agravio de Dios Nuestro Señor y en menosprecio de estos reinos. Ansí nada tengo que encomendar á la discreción de vuesamerced que como hombre de guerra, valeroso y mañero, pondrá el cauterio allí donde aparezca la llaga, que con estas cosas de Potosí anda suelto el diablo y cundir puede el escándalo como aceite en pañuelo. Contésteme vuesamerced que ha puesto buen término á las turbulencias y no de otra guisa, que ya es tiempo de que esas parcialidades hayan fin antes que, cobrando alientos, sean en estas Indias otro tanto que los comuneros en Castilla."

Los vicuñas se habían juramentado á no permitir que sus hijas ó hermanas casasen con vascongados y uno de estos, á cuya noticia llegó el formal compromiso del bando enemigo, dijo en plena plaza de Potosí:—"Pues de buen grado no quieren ser nuestras las *vicuñitas*, hombres somos para conquistarlas con la punta de la espada—Esta baladronada exaltó mas los ánimos y hubo batalla diaria en las calles de Potosí."

No era Ortiz de Sotomayor hombre para conciliar los ánimos. Partidario de los vascongados, creyó que la carta del virey lo autorizaba para cometer una barrabasada y una noche hizo apresar, secreta y traídamente, á Don Alonso Yañez y á ocho ó diez de los principales vicuñas, mandándoles dar muerte y poner sus cabezas en el rollo.

Cuando al amanecer se encontraron los vicuñas con este horrible espectáculo, la emprendieron á cuchilladas con las gentes del correjidor, quien tuvo que tomar asilo en una iglesia. Mas, recelando la justa venganza de sus enemigos, montó á caballo y vino á Lima, propalando antes que no había hecho sino cumplir al pie de la letra instrucciones del virey, lo que como hemos visto no era verdad, pues su exelencia no lo autorizaba en su carta para decapitar á nadie sin sentencia previa.

Tras de Ortiz de Sotomayor viniéronse á Lima muchos de los vicuñas.

II.

Celebrábase en Lima el Jueves Santo del año 1618, con toda la solemnidad propia de aquel ascético siglo. Su exelencia Don

Francisco de Borja y Aragon, príncipe de Esquilache, con una lujosa comitiva salió de palacio á visitar siete de las principales iglesias de la ciudad.

Cuando se retiraba de la Catedral, después de rezar la primera estacion, tan devotamente cual cumplía á un deudo de San Francisco de Borja, duque de Gandía, encontróse con una bellísima dama seguida de una esclava que llevaba la indispensable alfombra. La dama clavó en el virey una de esas miradas que despiden magnéticos efluvios y Don Francisco, sonriéndose ligeramente, la miró también con fijeza llevándose la mano al corazón, como para decir á la jóven que el dardo había llegado á su destino.

Era su exelencia gran galanteador y mucho se hablaba en Lima de sus buenas fortunas amorosas. A una arrogantisima figura y á un aire marcial y desenvuelto, unía el vigor del hombre en la plenitud de la vida; pues el de Esquilache apenas frisaba en los treinta y cinco años. Con una imaginación ardiente, donairoso en la expresión, valiente hasta la temeridad y generoso hasta rayar en el derroche, era Don Francisco de Borja y Aragon el tipo más cabal de aquellos caballerosos hidalgos que se hacían matar por su rey y por su dama.

Hay cariños históricos, y en cuanto á mí confieso que me lo inspira y muy entusiasta el virey-poeta, doblemente noble por sus heredados pergaminos de familia y por los que él borroneara con su elegante pluma de prosador y de hijo mimado de las musas. Cierta es que acordó en su gobierno demasiada influencia á los jesuitas; pero hay que tener en cuenta que el descendiente de un jeneral de la compañía, canonizado por Roma, mal podía estar exento de preocupaciones de raza. Si en ello pecaba la culpa era de su siglo, y no se puede exigir de los hombres que sean superiores á la época en que les cupo en suerte vivir.

En las demas iglesias el virey encontró siempre al paso á la dama, y se repitió cautelosamente el mismo cambio de sonrisas y miradas. En la última estacion, cuando un paje iba á colocar sobre el escabel un cojinillo de terciopelo carmesí con flecaduras de oro, el de Esquilache, inclinándose hácia él, le dijo rápidamente.

—Geromillo! Tras de aquella pilastra hay caza mayor. Sigue la pista.

Parece que Geromillo era diestro en carcerias tales y que en él se juntaban olfato de perdiguero y lijereza de halcon; pues cuando su exelencia, de regreso á palacio, despidió la comitiva, ya lo esperaba el paje en su camarín.

—Y bien, Mercurio! ¿Quién es ella?—le dijo el Virey que, como todos los poetas de su siglo, era harto aficionado á la mitología.

—Este papel, que trasciende á zahumero, se lo dirá á vuesencia, contestó el paje sacando del bolsillo una carta.

—¡Por Santiago de Compostela! Biletico tenemos? Ah galopin! Vales más de lo que pesas y tengo de immortalizarte en unas octavas reales que dejen atrás á mi poema de *Nápoles*—Y acercándose á una lamparilla, leyó:

Siendo el galan cortesano
Y de un santo descendiente,
Que haya ayunado es corriente
Como cumple á un buen cristiano.
Pues besar quiere mi mano,
Segun su fina espresion,
Le acuerdo tal pretension,
Si es que á mas no se propasa,
Y honrada estará mi casa
Si viene á hacer *colacion*.

La misteriosa dama sabia bien que iba á habérselas con un poeta, y para mas impresionarlo, recurrió al lenguaje de Apolo.

—Hola! Hola!—murmuró Don Francisco—Marisabidilla es la niña, como quien dice, Minerva encarnada en Venus. Geromillo, estamos de aventura. Mi capa y dame las señas del Olimpo de esa diosa.

Media hora despues el virey, recatándose en el embozo, se dirijia á casa de la dama.

III.

Doña Leonor Vasconcelos, bellísima española y viuda de Alonso Yañez, el decapitado por el correjidor de Potosí, habia venido á Lima resuelta á vengar á su marido, y ella era la que tan mañosamente atraía á su casa al virey del Perú. Para Doña Leonor, era el príncipe de Esquilache el verdadero matador de su esposo.

Habitaba la viuda de Alonso Yañez una casa con fondo al rio en la calle de Polvos Azules, circunstancia que, unida á frecuente ruido de pasos varoniles en el patio é interior de la casa, despertó cierta alarma en el espíritu del aventurero galan.

Llevaba ya Don Francisco media hora de ceremoniosa plática con la dama cuando esta le reveló su nombre y condicion, procurando traer la conferencia al campo de las esplicaciones sobre los sucesos de Potosí; pero el astuto príncipe esquivaba el tema lanzándose por los vericuetos de la palabreria amorosa.

Un hombre tan avisado como el de Esquilache no necesitaba de mas para comprender que se le habia tendido una celada, y que estaba en una casa que probablemente era por esa noche el cuartel general de los vicuñas, de cuya animosidad contra su persona tenia ya algunos barruntos.

Llegó el momento de dirijirse al comedor para tomar la colacion prometida. Consistía ella en ese agradable revoltijo de frutas que los limeños llamamos *ante*, en tres ó cuatro conservas preparadas por las monjas y en el clásico *pan de dulce*. Al sentarse á la mesa, cojió el virey una garrafa de cristal de Venecia que contenia un delicioso Málaga y dijo:

—Siento, Doña Leonor, no honrar tan exelente Málaga; porque tengo hecho voto de no beber otro vino que un soberbio Pajarete, producto de mis viñas en España.

—Por mí no se prive el señor virey de satisfacer su gusto. Fácil es enviar uno de mis criados donde el mayordomo de vuestro señoría.

—Adivina vuesa merced, mi gentil amiga, el propósito que tengo.

Y volviéndose á un criado le dijo:

—Mira, tunante. Llégate á palacio, pregunta por mi paje Geromillo, dale esta llavecita y dile que me traiga las dos botellas de Pajarete que encontrará en la alacena de mi dormitorio. No olvides el recado y guárdate esa onza para pan de dulce.

El criado salió, prosiguiendo el de Esquilache con aire festivo:

—Tan esquisito es mi vino que tengo que encerrarlo en mi propio cuarto; pues el bellaco de mi secretario Estúñiga tiene, en lo de catar, propension de mosquito é inclinacion á escribano, en no dejar botella de la que no se empeñe en dar fé. Y ello ha de acabar en que me amosque un día y le rebane las orejas para escarmiento de borrachos.

El virey fiaba su salvacion á la vivacidad de Geromillo y no desmayaba en locuacidad y galanteria.

Cuando Geromillo recibió el recado, no necesitó de mas apuntes para sacar en limpio que el príncipe de Esquilache corria grave peligro. La alacena del dormitorio no encerraba mas que dos pistoletes con incrustaciones de oro, verdadera halaja réjia, y que Felipe III habia regalado á Don Francisco el día en que este se despidiera del monarca para venir á América.

El paje hizo arrestar al criado de Doña Leonor y por algunas palabras que se le escaparon al fámulo, en medio de la sorpresa, acabó Geromillo de persuadirse que era urgente volar en socorro de su exelencia.

Por fortuna, la casa de la aventura solo distaba una cuadra del palacio; y pocos minutos despues el capitan de la escolta, con un piquete de alabarderos, sorprendia á seis de los vicuñas, conjurados para matar al virey ó para arrancarle por la fuerza alguna concesion en daño de los vascongados.

Don Francisco, con su burlona sonrisa, dijo á la dama:

—Señora mia, las mallas de vuestra red eran de seda y no extrañeis que el leon las haya roto. Lástima es que no hayamos hecho hasta el fin, vos el papel de Judith y yo el de Holofernes.

Y volviéndose al capitan de la escolta añadió:

—Don Jaime, dejad en libertad á esos hombres y cuenta con que se divulgue el lance y ande mi nombre en lenguas! Y vos, señora mia no me tomeis por un felon y honrad mas al príncipe de Esquilache, que os jura, por los cuarteles de su escudo, que si ordenó reprimir con las armas de la ley los escándalos de Potosí, no autorizó á nadie para cortar cabezas que no estaban sentenciadas.

IV.

Un mes despues Doña Leonor y los vicuñas volvian á tomar el camino de Potosí; pero la misma noche en que abandonaron Lima, una ronda encontró en una calleja el cadáver de Ortiz de Sotomayor con un puñal clavado en el pecho.

RICARDO PALMA.

Lima—Enero 10 de 1875.

MI ESPERANZA.

A MAGA ESTELA SOLARI.

¿Has visto querida Maga,
Cuando al ocaso el sol tiende,
Como la sombra se enciende
Junto á la luz que se apaga;

Y al moribundo destello
Del astro que desaparece,
El firmamento parece
A nuestros ojos mas bello?

Pues así hará la esperanza
Que yo mis males tolere,
Entre una vida que muere
¡Ay! y la muerte que avanza!

Mas plegue al cielo, querida
Amiga, que pueda verte,
Cuando se acabe mi vida,
Junto á mi lecho de muerte!.....

ADRIANA BUENDIA.

Lima, 1875.

VERSOS INEDITOS.

Uno de los prohombres ilustres del Perú, que enalteció las ciencias y enriqueció las letras, el Dr. Dn. Mateo Paz Soldan [*] dejó inédita la composicion que insertamos, asi como otras que iremos publicando sucesivamente.

EN LA MUERTE DE MI HERMANA PANCHITA.

¡Qué pronto transformaron tu belleza
Las sombras sepulcrales, cara hermana,
En objeto de horror y de tristeza!

Cuando apenas rayaba la mañana
De una infancia tan llena de primores,
Cuando iba á florecer tu edad lozana:

¿Hás de verte marchita, cual las flores
Que á la aurora ostentaron su hermosura
Y al ocaso perdieron sus colores?

Oh dolor! ya la horrible sepultura
Se hartará con la presa en que ha cebado
Su insaciable rigor la Parca dura!

Ya bien pronto tu cuerpo inanimado
Se exhalará cual sombra pasajera
Que forma un cuerpo por donde ha pasado.

[*] Falleció en Lima en 1857, habiendo nacido en Arequipa por los años de 1815. Usó alguna vez en sus publicaciones el exelente anagrama de *Tomás de la Ponza*. De la biografía que precede su *Geografía del Perú*, y que fué escrita por D. Manuel Nicolás Corpancho, tomamos el siguiente párrafo: "Ser astrónomo y humanista, geógrafo y literato, poligloto y retórico, escribir un artículo de política ó de costumbres y calcular un eclipse ó resolver un triángulo: comentar á Horacio y á Virgilio, como á Delambre y Euclides: analizar la Iliada y la Eneida como las tablas de Logaritmos y el Cálculo infinitesimal: resolver de improviso y en el momento de consultarle una duda, sobre la propiedad de una palabra, una cita de clásico griego, ó sobre un punto de Derecho, de Economía Política ó de Trigonometria: hablar con igual profundidad é instruccion sobre Historia y Literatura, sobre Filosofía ó Matemáticas: ser verboso fecundo, ameno é instructivo en sus conversaciones: tener el tacto para juzgar los acontecimientos políticos y valorizar los hombres públicos: prever las consecuencias y anticiparse con la prediccion á los resultados: ser penetrante, suspicaz, tales eran las cualidades intelectuales del Dr. D. Mateo Paz Soldan."

¡Ay hermana querida! ¡Quién me diera
Que habitase las bóvedas letales
Con tal que tu cadáver reviviera!

¡Ay, quién me diera fuerzas celestiales
Para arrancarte del confuso seno
De esa tumba que abisma á los mortales!

O anegar con mi llanto aquel terreno
Que abriga tus despojos lastimeros,
Hasta agotar el mal que tanto peno.

¡Oh jóven desgraciada! ¡Qué ligeros
Se pasaron los días de tu vida!
¡Oh placeres tan poco duraderos!

¡Ay compañera de la edad florida!
Si á tí llegar pudieran mis acentos,
Serías al instante enternecida!

Y llorando los rápidos momentos
Que juntos disfrutamos de alegría,
Saltaría tu cuerpo á mis lamentos.

Pero ¡ay! ¡cuán impotente es mi porfía
Para poder romper el fuerte muro
Que acabó nuestra dulce compañía!

Preciso es que ocupeis el lecho duro
De la mansion final de los humanos,
¡Oh lecho de quien nadie está seguro!

Y al mirarte roida de gusanos,
Con ayes sin cesar interrumpidos,
Harán este recuerdo tus hermanos:

Yacen en este sitio corrompidos
Los restos de una jóven apreciable,
Que arrebató la muerte inexorable
En sus años mas tiernos y floridos.

Arequipa, 1835.

LOS INCURABLES.

Á L. B. C.

MALDITA ambicion del hombre que nace
como un grano de arena y crece como
una montaña. Nadie puede encontrar la
causa del misterio de esa insaciable codicia
que se adueña del corazon para mortificar-
le con la perenne expectativa de los bienes
no poseidos. Por eso vemos tantos hombres
camino de la incertidumbre, por eso nadie
llega á conocerse á sí mismo; por eso el
mundo anda al reves, por eso es una casa
de insanos donde cada hombre es un loco.

Así exclamábamos, poseidos de una es-
pecie de fiebre, provocada no por cier-
to excepticismo del que de vez en cuando
somos presa, sino muy determinadamente
por habernos tocado uno de esos días aci-
gos en que todo se conjura para hacernos
ver el lado flaco de las cosas y el débil de
la humanidad. Con la influencia de tales
impresiones nos imaginamos el mundo como
una gran loqueria, y volviéndonos médico
observador, por un momento, aplicamos el
diagnostico y venimos en conocimiento, de
que la causa que habia llevado al manicomio
á tantos hombres era la MANIA DE SER. Tra-
tamos de interrogar á las conciencias, espe-
jo fiel de nuestras almas, y encontramos
en ellas la verdad: la mania de ser.

¿Y quién no quiere ser en sociedad? Ca-
da cual habia buscado un tipo, una perso-
nificación social, con la que creía poder rea-
lizar su fin, ó qué sabemos lo que creían rea-

lizar; pues hay hombres que tanto piensan
en ello como en subir á la luna.

Sentado en una curul estaba uno que tie-
ne la mania de ser diputado. Hablaba de la
independencia del voto; de la acusacion al
Ministerio; del juicio de residencia—apos-
trofaba, levantaba la voz, protestaba de in-
fracciones, maldecia al becerro de oro, pro-
metia arrancar de la carta fundamental el
escarnio que ella contiene al consignar prin-
cipios que estan en abierta pugna con el sis-
tema liberal-democrático. Este maniático
era, sin embargo, de los mansos; se paseaba
en toda la extension de la inmensa sala, y
solo se detenia para concentrarse en medi-
taciones que no pudimos conocer.

Por delante iba otro maniático incurable
que tenia la manía de ser poeta.

Oh! un poeta! Para serlo, decia, es bas-
tante el sentir y el amar, y escribia en las
paredes:

“En recónditas páginas del alma
Hay una historia tétrica y sombría
Donde con sangre vive retratada
La ingratitud de la que amé un día.”

Y lo recitaba con acento cavernoso y de-
clamatorio; y en seguida, haciendo confi-
dente de sus dolencias á los demas que en
el salon se hallaban, los reunia á su alrede-
dor y les declamaba de esta manera:

“Oh! destino cruel, hado severo
Que en las angustias de mi suerte fiera
Te gozas en mi duelo postrimero
Y del mal el *crecendo* te recrea.”

—Ah! no lo veis?—nos preguntábamos,
creyéndonos dentro de la loqueria—sus me-
jillas están demacradas por las vijilias, por el
torcedor inhumano de una gloria soñada, que
lo precipita sobre lo vago, lo etéreo, lo triste,
lo melancólico, lo sombrío, sobre cuanto ha
podido acabar y dar al traste con la razon
y el sentido comun, todo, por la manía de ser
poeta, hasta el caso extremo, de tener que
decir como en la comedia:

“Ni como
Ni duermo
Ni bebo
Ni fumo
Ni tengo dinero.”

¿Y este otro incurable que tiene la ma-
nía de ser ministro?

¡Cuán soberbios son sus planes sobre ad-
ministracion pública, principalmente sobre
hacienda, cuyos intrincados problemas, di-
ce, que no se resuelven porque hay *intrin-
gulis*, que solo él conoce, y que, no denuncia
ante la opinion pública, por no dar sospe-
cha de que pretende el portafolio. Este tipo
de incurable abundaba en el Manicomio.
En el departamento llamado Cámaras Le-
gislativas; en el que denominan Prensa, y
Dios nos asista de los que habian en el de-
partamento de la Prensa, empero ¿en dónde
no tropezará el lector con él, si nos acom-
pañamos á hacer nuestra peregrina visita?

Allí va otro que tiene la manía de ser es-
critor público.

Le oimos decir que es un aficionado, y
nada mas, modesto y sin pretensiones, y al
oirle así, haciendo siempre nuestro finjido
papel de médico-espectador, creíamos tener

delante un enfermo que no quiere echarse al
colete la pócima que lo habria de curar; por
que no la pasaria así en bruto, en áspero,
como si dijéramos en jalapa.

Se ha acercado al editor de un diario, ó
al redactor de la gacetilla, y le dice:—Mire
usted, señor, yo deseo oír su ilustrada opi-
nion, porque respeto sus conocimientos, su
experiencia, y si las personas como usted
no nos alientan no habrá estímulo para la
juventud (el postulante pasa de los treinta
años) para la juventud que se dedica al cul-
tivo de las letras. Aquí tiene usted una co-
leccion de artículos políticos, literarios, de
costumbres y de crítica social. Esta otra es
una coleccion de charadas, sonetos, jácara,
doloras en que imito á Campoamor. Y este
ademas, abriendo un enorme cuaderno for-
rado en papel blanco, en el cual se lee en
grandes caracteres góticos:

EL DESENGAÑO

6

LA DESESPERACION DE UN AMANTE.

DRAMA ORIGINAL

De Modesto Lanas.

—Este, señor, es un drama, que he
dedicado á don Simple Buenafé, (hombre
acaudalado que no entiende de letras, á no
ser de las de cambio; pero que priva, ó
tiene la manía de ser protector de los
jóvenes de mas de treinta años que cultivan
la gaya Literatura) el cual me ha dado para
los gastos de la primera representacion; y
como aun no he salido á luz, necesito del
apoyo de su periódico, en el cual me reco-
mendará usted al público, dándole á saber
mis escasos méritos; porque como ya usted
sabe, yo no soy, sino aficionado, y aquí en
este hospicio no se protege el mérito, ni se
estimula á la juventud (de mas de treinta
años) que abraza la espinosa carrera del es-
critor público.

El editor ó redactor de gacetilla, que al
fin siente su paciencia gastada y gastándo-
se su tiempo, le contesta con cierta seque-
dad:

—Bueno, amigo, quedo enterado: así que
se represente el drama de usted lo tendré á
usted presente, á su aficion á las letras, á
sus méritos, y á todas las obras de que me
acaba de hablar.

—Pero, señor, quisiera que me anunciase
usted al público, dándome á conocer de an-
temano.

—Pero mi amigo, espere usted; á su
tiempo.

—Pero, señor, aunque sea publíqueme
usted este soneto á la “Muerte” y este ar-
tículo político-social sobre el “modo de re-
generar el país” (vulgo hospicio.)

—Pero, mi amigo, si no hay espacio por
ahora.

—Pero, señor, siquiera el soneto.

—Pero.....

Y el editor, ó el redactor de la gacetilla
que tiene la manía de proteger á los que
tienen la manía de ser escritores públicos,
lanza un juramento; y con peros y todo ad-
mite el soneto á la “Muerte” y presenta
ante el público sensato, mónstruo maniático

á un don Modesto Lanas, que por ver sus despapuchos en letras de molde y su nombre al pié, da un ojo de la cara.

Aun hay otros; y este que viene zarrandeándose es don Facundo Pinganilla, ex-jóven, es decir, un si no es jóven ¿se entiende? pues mas claro, un caballero soltero que peina canas. Pinganilla es el elegante del hospicio, viste con el último figurin que hay en las roperias *comme il faut* del establecimiento, ó sino, como goza de ciertos privilegios, encarga el *costume*, como el dice, á Paris, por conducto de algun amigo que hace estudios sobre los Boulevards, las bailarinas, ó las *Margaritas*, ó por algun otro comerciante de la plaza con corresponsal en Paris.

Pinganilla padece la manía de ser novio y buscando "mujer que le convenga," viene atravesando este desierto que se llama la vida del soltero, ó por otro nombre del enamorado de todas, y por consiguiente de ninguna.

—Pinganilla se casa con la D.

—Pinganilla ha sido calabaceado.

—Pinganilla ha reñido.

—Ya no se casa.

—Si lo he visto en el jardin con Matilde, su enfermera.

Repetian sus amigas.

Y Facundo Pinganilla que vive de ciertos aires, y no va al agua por temor á la camiseta de fuerza, oye con singular contentamiento esos tiros á quema-ropa, aunque de ello no haya de cierto mas que el hecho de tener la manía de ser novio. Y fomenta la murmuracion contestando á cada frase con una sonrisa de maliciosa inteligencia, desvaneciéndose á medias lo que él llama hablillas; pero dejando campo para que la tal hablilla recorra los departamentos de familias hasta formar el "lo dice la voz general" ante cuyo lo dice, no hay nombre de casada, viuda, ó soltera que pueda permanecer incólume; así en estos efectos de la manía de ser novio de Facundo Pinganilla como en otros mas que menos graves. Y andan por allí ¡Santo Dios! tantos otros que tienen la manía de ser grandes hombres, la manía de ser nobles, de ser liberales, de ser pretendientes de destinos, de ser despreocupados, de ser enamorados de cuanta gracia y belleza creó Dios en el mundo, que, seria el cuento de nunca acabar. Bien lo decias: el mundo es una casa de insanos y cada hombre es un loco.

Aquí estábamos de lo escrito, procurando salir del Manicomio, al que nuestra imaginacion nos metiera; cuando un amigo que iba leyéndonos, exclama:

—Maldiciente! y tú no eres tambien un loco?

—Espera—respondimos—te referiré un caso con el cual terminaré este artículo para LA ALBORADA.

En cierto pueblo existia un jorobado que por ser el único de su especie era objeto de la burla de las gentes del lugar, las que justificaban la impiedad de su maltratamiento, haciéndole comprender que era el único deforme de naturaleza que habia en toda la nacion; pero como no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista, resol-

vió abandonar sus lares y se dirigió caminito de la capital, como si digéramos Lima, en un dia que debió ser de eclipse, en el que se empeñaron en salir á la calle cuantos jorobados habian. El pueblano al toparse con uno, con dos, con tres, con cincuenta, no pudo menos de reconvenir la dureza con que sus paisanos le habian tratado, y exclamó:—¡Al fin es un consuelo encontrarse entre los suyos! . . .

Aplica tú el cuento, amigo y lector.

PAULINO FUENTES CASTRO.

A ADRIANA BUENDIA.

Dichosa tú, que niña todavia
Con tan seguro paso y tan audaz
Del Padre de la luz y la armonia
Al monte sacro te diriges ya.

Y atras se quedan trovadores miles
Que en la árdua senda fatigados ves,
Mientras que tú en la flor de los abriles
Un lauro ciñes á tu ebúrnea sien.

Suelta al aire la blonda cabellera,
Fija en los cielos la pupila azul,
Tus canciones exhalas placentera
Al sonoro compas de tu laud.

Bella y pura cual nítida azucena,
Dulce como las vírgenes de Ossian,
De inspiracion y de entusiasmo llena,
Al mundo todo enloquecer harás.

Discreta niña, lo que mas asombra
Es la antorcha que guia tu razon;
Por eso Lima en júbilo te nombra,
Que eres para ella fulgurante sol.

Y no te adulan nécios rimadores,
Cautivos de la ciega vanidad,
Que por doquier reparten sus favores
Con falsa lengua ó pretension venal;

Mas Adolfo Garcia, Numa Lloná,
Y otros ingenios peregrinos, son
Los que han tejido la inmortal corona
Para premiar tu excelsitud precoz.

Y te han brindado ilustres poetisas
En blando coro cantos de placer,
Prodigándote halagos y sonrisas
Como á la hermana que se quiere bien.

Oh tierna Adriana! con el alma toda
Yo en tu elogio á la vez deseaba emplear
El delirio impetuoso de la oda,
La atronadora voz del huracan . . .

Bellisima doncella misteriosa!
Tiende, bate tus alas de jazmin:
Ese espacio que miras anhelosa,
Ese espacio infinito es para ti.

Derrama tus divinos pensamientos,
Tus perfumes, tu gracia virginal;
Derrama tus melódicos acentos,
Que son del alma embriagador solaz.

Y goza la ventura soberana
De que acaso ninguna disfrutó.—
Quien no te da su corazon, Adriana,
Es por que nunca tuvo corazon.

CONSTANTINO CARRASCO.

Lima, 17 de Enero 1875.

AL S. Dr. D. JOSE MARIA MACEDO.

Con tu sublime ciencia
Detuviste á la muerte en sus furoros;
Ha sido tu trofeo una existencia
Y al mirarla, la Fama
Que al vencedor aclama,
Cubre tu senda con tapiz de flores.

Horrible fué la lid: con brazo fuerte
El génio destructor, lleno de saña,
Elevó su guadaña
Por derribar la víctima elejida,
Y detuviste, intrépido, á la muerte
Y por tí la Virtud vuelve á la vida.

Portento de saber! Verdad divina
Hay en tu clara mente
Y el Eterno, piadoso te destina
Para salvar la humanidad doliente.

Del cielo siempre azul de mi alegria
Veló una nube la feliz estrella
Que tornó mi placer melancolía
Y mi gozosa cántiga querella,
Mas tu ciencia que asombra
Enteramente disipó la sombra.

Mi pecho no taladre
Con sus saetas el dolor prolijo
Cuando en herir se encona:
Tú, salvas á la madre
Y ni puedo ceñirte una corona
¡No ser un lauro el corazon del hijo!

ACISCLO VILLARÁN.

EL AGUA MANSA.

[L'eau dormante.]

ESCENAS DE LA VIDA MEJICANA POR

LUCIEN BIART.

(Continuacion.)

V.

EL baile ofrecido por el prefecto á la cantante, baile cuya magnificencia sobrepusase al de la municipalidad, tuvo lugar algunos dias despues, y doña Lorenza se volvió á encontrar frente de su enemiga. La criolla era demasiado orgullosa, demasiado dueña de sí misma, para que el resentimiento de que por cierto á la vista de la extranjera, se manifestase por su despecho: solamente se arregló de manera que humillara de nuevo á su rival por su superioridad femenina y la derrotara, por decirlo así, en su propio terreno. Don Luis parecia mas absorbido que nunca por la coqueta norte-americana. En cuanto á Alberto, triste, abatido y meditabundo, no se atrevia á confiar á nadie el mal que lo aquejaba.

La entrada de doña Lorenza en la sala de baile, hizo gran sensacion: de tal modo la astuta jóven habia apropiado los adornos que llevaba á su belleza. Nada tan magnífico como sus espaldas y sus brazos, tan brillante como sus ojos, tan fresco cual su boca, tan atrevido como la guirnalda de flores rojas y azules que habia colocado en su rizada cabellera. Esta vez todavia desdeñó las joyas, los diamantes y las perlas, confiando en su gracia suprema. Con gran-

de admiración de Quirina, se mostró viva, alegre, llena de atractivos. No faltaba á ningún valce, á ninguna cuadrilla; y como una mariposa revoloteaba de un extremo al otro del salón alegrando todos los grupos con su bella sonrisa. Abandonando á la cantatriz el privilegio de la gravedad melancólica, de la dignidad meditabunda, la criolla se había vuelto una ave. Pasado el torbellino de una polka dejábase caer en un sillón con ese aire fatigado, esa mirada lánguida que le sentaba tan bien, para lanzarse de repente en medio de esas contradanzas mejicanas que no han repudiado sino á medias la atrevida desenvoltura de la danza española. Pero lo que coronó el triunfo de doña Lorenza fué uno de esos vales habaneros en que la bailarina, dulcemente arrullada por una música lenta, parecía dormir graciosamente sobre el hombro de su caballero. La criolla fué la reina de ese baile dado en honor de la Wilson; y el joven agregado á la embajada no fué solo en proclamarla.

—El francés está enamorado de tí, querida mia—dijo doña Quirina á su amiga, hacia el amanecer.

—¿Lo creés?—respondió esta con una sonrisa.

—No te pierdes de vista. ¿Pero qué filtro has descubierto para hechizar á los hombres? Mi marido acaba de declarar que eres mas bella que la cantatriz.

—¿Estás celosa tal vez de mí?

—No, Lorenza, yo te conozco, yo te conozco demasiado para comprender que tú representas en este momento un papel terrible.

—Te engañas, Quirina, me divierto.

—Yo observo, querida mia, y veo que cada una de las miradas que concedes al francés, la Wilson se la devuelve á tu marido.

—Pues bien! picadura por picadura!

—La partida no es igual, te toman mas de lo que tú puedes tomar.

—¿Qué quieres decir?

—Prométeme no hacer escándalo por lo que te voy á revelar?

—Habla, mi buena Quirina, puedo oírlo todo con entereza.

—No es tu pena la que yo temo sino tu violencia.

—¡Mi violencia!—dijo la criolla, dejando caer sus bellos brazos y mirando á su amiga al través de las pestañas de sus párpados medio cerrados.

Doña Quirina movió la cabeza con un aire de duda.—La Wilson—dijo ella, inclinándose hacia Lorenza y hablando en voz baja—la Wilson parte mañana en la noche para Puebla.

—Y bien! he ahí una buena noticia para tí, Quirina.

—Sí; pero tu marido parte con la cantatriz: se lo ha prometido.

Doña Lorenza estrechó la mano á su amiga; y devorándola con la mirada:—¿Quién te ha dicho eso?—preguntó con voz firme.

—Mi marido; pero ¡ay!... me estrujas la mano, querida mia.

Doña Lorenza cerró los ojos, y sus dedos crispados recobraron su flexibilidad.

—Pues bien—dijo ella con tranquilo acento—tu marido se ha burlado de tí: Luis no partirá.

ÁNGELA CARBONEL.

Continuará.

¡POR INCAUTA!

Luce una niña inocente
Sus mejillas de arrebol,
Cuando aún su regia frente
No asoma por el oriente
Entre cortinas el sol.

Y su mirada intranquila
Parece vagar sin calma,
Reflejando en su pupila
Un fuego que se asimila
A los ardores del alma.

Y la gentil criatura
A la arboleda se asoma,
Sin notar que se murmura
Al mirarla en la espesura
Cual solitaria paloma.

Ella ha soñado tener
Un sér á quien adorar;
Por eso busca doquier
Aquel misterioso sér
Que no encuentra al despertar.

Indaga, mira y aún toca
Cuanto tiene en derredor,
Buscando con ansia loca,
La sombra que la provoca
En sus ensueños de amor.

Llega por fin la inocente
A la tupida enramada;
Y al penetrar diligente,
Se presenta frente á frente
Aquella sombra soñada.

Y esa niña incauta y terca,
Que nunca escuchó consejos,
Esclama cuando se acerca,
“¿Porqué horroriza de cerca
Lo que cautiva de léjos?”

¡Pobre niña! soñó acaso
La felicidad un día:
Creyó encontrarla á su paso,
Y solo encontró el ocaso
De su infantil alegría.

Intimidada y placer
Gozó entre aromas y flores;
Mas de estas, al parecer,
Ya no tenia al volver
La mejor de las mejores.

Por eso en su desvario
Dice con febril vehemencia:
“¡Ay cuanto cuesta, Dios mio,
Tomar en el bosque umbrio
Una lección de experiencia!”

M. N. VALCARCEL.***

Lima, Enero 1875.

LA MUSA DE MIS CANTOS.

Bajo un cielo sereno y trasparente
Lleno de estrellas de brillante luz,
Absorto, contemplé la hermosa frente
De una jóven morena del Perú.

Y desde entónces, triste y silencioso
En las tardes la invoco en mi oración,
Cuando de hinojos, pálido y lloroso
En mis plegarias me dirijo á Dios!

Y de la noche en la siniestra calma,
Y hasta en la aurora al vislumbrarse el sol,
Cruza por los abismos de mi alma
Cantando el himno del eterno amor.

Y cuando me halle en brazos de la muerte,
Del sepulcro en la horrible oscuridad
Si oye su acento mi esqueleto inerte
De su sueño sin fin, despertará!..

TEOBALDO E. CORPANCHO.

Lima, Noviembre 4 de 1874.



EL CLUB LITERARIO—Inauguró los trabajos del presente año con un bello discurso pronunciado por el señor Rossel, y que hoy ofrecemos como un obsequio á nuestros lectores en la sección editorial de este semanario.

En seguida, el señor Holguin leyó un artículo del señor Juan Francisco Ortiz, composición impregnada de sal ática, en la que fraternizan el chiste y la elegancia. El señor Corpancho recitó despues una poesía erótica, con el título de “En la glorieta.” Sentíase en esos lindos versos un perfume tradicional de sentimiento artístico que recordaba á aquel bello joven desaparecido en la primavera de la vida, que cruzó rápido como un meteoro; pero dejando en pos suyo una estela de luz y melodía.

El señor Ortiz pronunció tambien un discurso; y por último, un distinguido hijo de Cuba, el señor Zambrano tomó la palabra, y felicitó á los peruanos por sus progresos en las artes y las ciencias, mezclando á esos plácemes, dolientes reminiscencias de su desgraciada patria.

EL ALBUM DE LOS SALONES—Es un precioso almanaque para el año de 1875, publicado por el señor Abel de la E. Delgado. Los nombres de nuestros mas distinguidos escritores están allí representados en composiciones llenas de gracia y originalidad, que hacen amenísima su lectura.

EL JUEVES DE COMPADRES—Multitud de chinos, acostados sobre un lecho de flores, en lujosos azafates, cruzaban las calles, portadores de bellísimas confecciones en bris-

cao, seda y azúcar, llevando al pecho car-
teles que revolcados en la lengua de Con-
fucio, encierran *recaditos* como este:

“ Senolita manda pa tí,
“ Patloncito, yo pa casa
“ Yo llama Chiu-janaá,
“ Yo cocina bití sasa.”

El negro color de los antiguos mensage-
ros se ha cambiado en el amarillo de los
nuevos.

Una traviesa amiga mia envió á su no-
vio en obsequio de compadre, una bata de
de crudo encerado, ajustado con un cor-
don de cable; un gorro y zapatillas de pa-
pel; un reló de carton con punteros de al-
fileres, una cadena de pasas de Italia, con
sellos de cerezas en una relojera de baye-
ta, y un pañuelo de tocuyo con basta cala-
da y cifras de ricas letras góticas borda-
das con seda punzó.

*
*
*

“ Cuán triste es partir de Lima, cual-
quiera que sea el motivo que de ella
nos aleje aun que este motivo tenga en
perspectiva la felicidad.”

Así escribía yo, no hace mucho, sin sa-
ber que estaba tan cerca para mí la hora
de esa tristeza dolorosa. Si, durante cuatro
eternos meses preciso es alejarse de esta
bella ciudad de dorados dias y encantadas
noches; decir adios á su sereno cielo, á su
ardiente sol, á sus suavísimas brisas, á sus
queridos habitantes; á este oscuro rincon-
cito de “ La Alborada ” donde la pobre
mosaista platicaba con ellos.....

Así pensaba yo; y tenía llenos de lágr-
mas los ojos, cuando una jóven amiga en-
tró con ademan brusco, y trayendo en el
bello semblante señales de profunda indigna-
cion.

—¡ Que iniquidad!—exclamó.

—¿Cuál?

—La de la yegua de lord Derby.

—¿Y qué ha hecho ese animal?

—Ha tenido la desvergüenza de presen-
tarse en las carreras de Etomp con las
crines delanteras rizadas sobre los ojos,
exactamente como nuestras *lierras*, que
desde ese momento cayeron para siempre.

—¿Y qué son vuestras *lierras*?

—Este lindo ensortijado de ricitos que
llevamos sobre la frente, y que las señoras,
á vista de esa injuria, ocultaron entre las
flores de su tocado, como los oculto yo,
ahora.—

Y tomando de su cartera un peñecillo
hizo desaparecer las graciosas oecitas que
sombreaban su frente.

—Pues, hijas mias, adoptad otra moda
en el peinado.

Por ejemplo, enpolvad vuestros cabellos.
Oh! yo deseo ardientemente esa dichosa
innovacion.

—¿Porqué?

—Por que para ello tengo *razones parti-
culares*.

JUANA MANUELA GORRITI.

Soluciones á la Charada del N.º 15.

¡ Ardé poco en descifrar
O h señor de las tres Eles,
R aro nombre con que sueles
V luz tus charadas dar,
T orata, triunfo sin par
V l que mil deben laureles.
DOLORES DE OSMA.

Torata, es si no me engaño
De la charada el total,
Lugar de penas y glorias
De la Guardia Nacional.
UBALDA PLASENCIA.

Pienso que en vuestra charada
El pueblo de que se trata
Es sin disputa ninguna
El célebre de *Torata*.
MARIA MARRIOTT.

Bien, bien! Que me gusta el *rato*
De ver cazar una *rata*,
O de ver torear al *Tato*
O de contemplar *Torata*.
G. T. DE G.

Me gusta pasear un *rato*
Me espeluzno al ver la *rata*;
Hizo en los toros el *Tato*
Lo que el Gobierno en *Torata*.
NICOLAS A. GONZALEZ.

Gloria y pena entrelazada
La fama doquier dilata;
Pero segun la charada,
Está con sangre gravada
En los altos de *Torata*.
NICOLAS Y MANUEL Y Cia.

Á L. L. L.
Si no se engaña la ñata
Que envia esta solucion,
Tu acertijo se desata
Con pensar que á la Nacion,
Bien y mal le fué en *Torata*
JOSEFINA F. DE F.

Sin que entremos en rodeos
Señor Don L. L. de L.
Y sin lugar á que vele,
Yo voy en esta ocacion
A decir la solucion—*Torata*.
MANUELA PACHECO.

Es segunda y prima—*rato*
En segunda y terciá—*rata*
Es en terciá y prima—*tato*
Y hallo en mi todo—*Torata*.
VALENTINA.

En el tiempo hay mas de un *rato*
Una alimaña es la *rata*.....
¿Penas?—De eso no se trata
Glorias?—De eso sí que trato
Pardo há vencido en *Torata*.
ISABEL, Y AURÉOLA.

DIALOGO.

Entre dos amigos en la entrada
de las tropas á Lima,

—Donde has estado, José?
—Mas ó menos hace una hora
Que de *Torata* llegué.
—Como te ha ido por allá?
—Perfectamente, muy bien.

— Es decir que te has portado
Como un general francés.

—Eso han creido, señor.....

Pero le suplico á usted,

Que no se burle de mí:

La verdad le contaré.

—Puedes presto comenzar.

—Decidido yo á vencer,

Preparábame al efecto;

Pero cuando en lucha entré

Le aseguro que temblaba

De la cabeza á los pies;

Y solo brios tenia,

Lo aseguro por mi fé,

Para maldecir *Torata*.....

—Basta, amigo, basta, pues.....

—Esto que á mi me pasó

No crea que miedo fué:

Era el amor á la vida

Que desde niño abrigué.

ADELA REVOREDO.

Rato Rata y Tato forman las partes de la
charada.

A. P. S.

Medida de tiempo es *rato*,
Animal no raro, *rata*,
Y si de espada se trata
No puede ser sino el *tato*.
Por consecuencia inmediata
El todo encuentro en *Torata*.

S. A. A.

Torata.

E. P. V.

Luisito L y L—En tu preciosa charada—
Estas partes encontré *rato y rata* y por úl-
timo el famoso *tato* [inolvidable torero]
Comprendes pues que muy pronto—El todo
así conviné *Torata*.

MATILDE.

En segunda y prima vez.....
..... aguarda un *rato*.....
Espanta luego ese gato
¡pobre *rata*!

Antes que el torero *Tato*

Con fiero vicho se bata

Y aunque salga patarata

Esta pobre solucion

Digo sin vacilacion

Que tu charada es *Torata*.

ISABEL Y MATILDE SAAVEDRA.

CHARADA.

Mi primera es personal,
Mi segunda, musical,
Y un disolvente mi *todo*
(Ya lo he dicho en cierto modo)
De naturaleza tal,
Que si no se le abandona,
La mujer mas *pechugona*
Llegará á verse, es un hecho,
Convertida en Amazona,
Quedando tuerta del pecho.

PERMANENTE.

Cualesquiera reclamaciones referentes á
LA ALBORADA, deben dirigirse al local de su
direccion, Urrutia, hoy Camaná, 188, de-
partamento de la izquierda.

EMPRESA TIPOGRAFICA,
Calle de Camaná, antes Ayacucho, N.º 128 y 130.